

palabra que del otro modo hubiera pasado desapercibida.

En la simple lectura el lector está solo; con nadie consulta sino con su corazón; pero no sucede así en el teatro: lo que para él no tiene nada de particular, se lo hace notar el público reunido que, con una risa maliciosa y sus aplausos le hace advertir aun la cosa mas insignificante; y tal vez una obra que en sí nada encerraba de malo, parecerá inmoral en la representación, porque la malicia de algunos perjudica al autor y á la reunion.

Para que un coro general de bostezos no acompañe á la representación de un drama, el poeta pinta las pasiones del corazón humano con los mas exagerados colores, y esta pintura exagerada del amor, del odio, de la venganza &c., vivificada mas y mas por los ademanes y la gesticulación de los actores ¿quién asegura que no podrá dar resultados contrarios á los que el poeta con la mejor buena fé se habia propuesto?

Al pintar, por ejemplo, el amor, que es la salsa de toda comedia, se hace con tan fuertes colores, con tan fogosas palabras, y con tan incentivas imágenes, que mas bien sirven para exaltar la concupiscencia que para hacer recomendable pasión tan noble; por que atendida la corrupción del corazón humano y sus tendencias, esas pinturas despiertan

tan y encienden nuestro sensual apetito; y una vez encendido, ¿quién responde de sus efectos?

Débil el hombre y fuerte y poderosa la pasión de la concupiscencia que ejerce sobre él un poderoso dominio, fácil será que se vea arrastrado por ella, una vez puesto en la pendiente del placer sensual, como una peña colocada en la cima de una montaña, perdiendo el equilibrio se vé arrastrada por las corrientes, y rueda hasta caer á la profundidad donde queda enterrada en el cieno.

Si es verdaderamente el teatro el espejo de la vida que corrige las costumbres, el autor dramático, en vez de pintar un amor fogoso que excite nuestras pasiones, debe corregir ese amor exagerado, ridiculizando al personaje que lo tiene, porque toda exageración es un vicio, y el deber del poeta es el de corregir los vicios, presentando el espejo de la vida donde se vea retratada la fea exageración.

Se me dirá que entonces habrá pocos autores dramáticos: concedido; pero nadie ignora que es mas hermosa una sola verdad, que todos los sueños de ventura que al despertar se desvanecen, dejándonos solo el sentimiento que causa toda falsedad.

Dirán también que pintando la hipocresía, el poeta enseña al público á conocer al hipó-

crita. Convenido; pero ¿no dá tambien lecciones al hipócrita, para que sepa en lo sucesivo engañar mejor, sirviéndose de medios que oculten su maldad?

Al pintar los extravíos del género humano, procure el autor no viciar la filosofía de la naturaleza, porque fácil cosa será que, perdido el tino de la verdad, presente al personaje criticado rodeado de tan seductoras circunstancias que hagan envidiable su situación.

Presente debe tener el escritor dramático que, á la malignidad humana ménos le corrijen los crímenes criticados, que le pervierte el ver ridiculizado á algun falso virtuoso, porque de lo primero saca consecuencias que disimulan sus mismos vicios, y de lo segundo queda expuesto á dudar en lo sucesivo del verdadero virtuoso.

El poeta dramático para mostrarnos un personaje vicioso, pinta primero el vicio con todo lo que tiene de mas seductor, de mas ardiente, con los mas vivos colores, empeñándose en presentarlo lleno de atractivos, con lo que consigue que el espectador no mire con tanto horror al malvado, por lo difícil que era vencer su pasión.

Para mí tengo que vive en un error el que cree que el teatro es el espejo de la vida y que corrige las costumbres.

Yo creo que el teatro no es mas que el lugar á donde va el público a distraerse agradablemente por espacio de dos horas, las mas pesadas de la noche.

Yo creo que del teatro nadie ha salido con *ánimo firme de la enmienda*, y sí con las pasiones exaltadas, con ánimo firme de satisfacerlas.

Bien sé que lo que voy á decir exaltará la bilis de algunos literatos, y del lector en general; pero yo que busco la verdad y huyo de las tinieblas, porque la verdad es de Dios y las tinieblas del géuio del mal, consultando solo con mi conciencia, me atrevo a afirmar que todo drama hace daño a la sociedad; que todo drama corrompe las costumbres, y que el teatro no es el civilizador del pueblo; y me atrevo a afirmar esto, porque en todo drama se pintan exageradamente las pasiones, para así despertar el interes; y estas pasiones exageradas son incentivos de las pasiones del espectador, incentivos que llegan a echar raíces en su corazon, y que le hacen mirar despues con indiferencia la pasión verdadera, la pasión lícita; porque la pasión verdadera, la pasión lícita es moderada y profunda, y no escandalosa y desenfrenada.

No hay ya un escritor ni hombre que pasar quiera por ilustrado, que no clame con-

tra esa diversion española, contra las corridas de toros: no hay uno de ellos que no la califique de bárbara, empeñándose en sostener que la costumbre de ver sangre familiariza al público con la sangre, endureciendo así su corazón. No sostendré yo que las corridas de toros son un espectáculo moral y civilizador; pero sí les haré esta pregunta a esos escritores y á esos que quieren pasar por instruidos, y que tan celosos se muestran por la virtud. Si la sangre vertida en las corridas de toros temeis que familiarice al público con la sangre, ¿no temeis que la representación de tanto crimen inaudito en el teatro, lo familiarice con los crímenes?....

Esta comparacion me parece bastante exacta, y creo que ella sola basta á probar que el drama, en lugar de morigerar las costumbres, las corrompe.

Se me dirá que en el teatro se predica la moral, la paciencia, la caridad, porque todas estas virtudes se colocan al lado de los vicios para hacer mas detestables estos. Pero yo respondo: ¿y cómo se colocan las primeras?.... Como cosas accesorias: con una frialdad que hiela: al paso que los segundos van vestidos con toda la fuerza, con toda la exageracion de que es capaz de vestirlos el talento del poeta. Y preciso es que así suceda; porque ¿quién sufriría un drama don-

de nos hicieran largas disertaciones sobre la moral?.... Los mismos que tan celosos de esta se muestran, esclamarían: yo no vine á convertirme, sino á divertirme, porque solo a divertirse se viene al teatro.

Guiado por esta verdad acreditada por la experiencia de todos los hombres, el poeta dramático debe tener particular tino en la eleccion del argumento de su drama, procurando no traspasar los límites de la verdad, porque siempre que de esta se desvie, será defectuosa su obra, porque faltará a la verosimilitud, que es el toque maestro en toda composicion.

Puesto que es, pues, el drama un pasage de la vida, escrito para entretener agradablemente, se deberán preferir los asuntos cómicos, donde la situacion de los personajes, los chistes y las sales cómicas, tengan el ánimo del expectador en continuo contento, sin que en aquellos chistes y en aquellas sales se perciban palabras que pnedan ofender la moral, porque entonces dejaria de ser una pieza agradable, puesto que oídos castos habria que se podrian ofender y disgustar.

Decir que se deben preferir los asuntos cómicos, no es querer desterrar los serios, donde el crimen y las pasiones fuertes del corazón campean. Pero deberá cuidar el poeta de presentar ese crimen, esas pasiones

tal cual ellas son, sin exagerarlas, haciéndolas odiosas y odioso al que se deja arrastrar de ellas, por mas que haya combatido largo tiempo para vencerlas.

Presentar al malvado combatiendo con sus pasiones, dejándose al fin arrastrar de ellas, es disculpar la maldad; y disculparla es fomentarla.

Desde el momento que un hombre consciente en un mal pensamiento, ya es criminal, y desde este momento debe presentarle el escritor como un sér despreciable, procurando infundir en los oyentes, á proporcion del grado de fuerza que aquel va tomando, el odio hácia el personaje que lo abriga.

Buscar disculpas que disminuyan el crimen del malvado, es dorar las píldoras venenosas que, engañando la vista, matan al incauto que las toma.

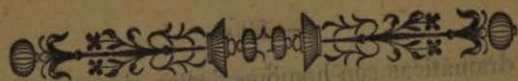
Amigo fiel es el que nos presenta a los ojos los precipicios para que no caigamos en ellos; enemigo encubierto el que los cubre con hermosas flores para que marchemos sobre ellos sin temor, expuestos á parecer á cada paso.

Cuando quieres depositar algun dinero de que depende tu porvenir, buscas la casa mas segura y de mas considerable capital. Así debes depositar tu porvenir literario y tu reputacion, acudiendo á consultar tus obras

dramáticas con hombres doctos, ricos en conocimientos y en moral.

Ya que el hombre necesita de agradables distracciones que entretengan su ánimo cansado, y el teatro es uno de los puntos donde mas noblemente se le puede recrear, trabajen los poetas dramáticos con empeño en presentarle obras que, siendo el verdadero espejo de la vida, corrijan en cierto modo los vicios de la sociedad; pero no exagerando y halagando el mismo vicio, sino presentándole tal cual es, porque de la verdad resulta la correccion.





Escritores políticos.

Mision noble es la del escritor político, y grandes beneficios puede hacer á la sociedad siempre que dirija su pluma el íntimo deseo de la felicidad de su país. El escritor político se puede comparar á un hermoso fanal que, señalando en la borrasca el puerto, advierte al navegante los escollos que en la oscuridad de la noche no pudiera advertir. Pero si abusando de su mision, convierte su pluma en zaherir aún las mejores acciones de los que gobiernan, y mezclándose en la vida privada de respetables ciudadanos, destruye la reputacion adquirida á fuerza de afanes y de trabajos, llevado de miras siniestras ó rencores personales, entónces el escritor político se convierte en asesino, en incendiario de la sociedad.

Señalar los errores y corregirlos, cosa laudable es: conocer la virtud y criticar al que la posee, accion es villana é indigna de hombres sensatos.

Aquel será verdadero escritor político que, guiado por la sana razon y por el amor á la humanidad, advierte los errores dulcemente, é indica el camino de la felicidad.

Muchos claman contra el mal estado de las cosas; y lamentando la torcida marcha de los gobiernos, pronostican su ruina; pero ¿dan algun remedio para males tantos? ¿De qué le sirve al enfermo que el médico le diga la enfermedad que padece, si no le dá medicinas con que aliviarle?....

Los que conocen el mal, y conociendo la senda que conduce al bien, no la señalan, se parecen á aquellos potentados que ven perecer de hambre á un infeliz, y que en vez de socorrerle con algo de lo que á ellos les sobra, se contentan con lamentar la miseria en que le ven gemir.

Muchos escritores políticos he conocido; pero pocos he visto que no hayan traspasado los límites de sus deberes. ¿De dónde trae su origen esta falta?.... Dolor dá decirlo; pero por dolorosa que la verdad sea, muchas veces, preciso es decirla.

Esa falta frecuente de los escritores políticos, trae su origen de que no el anhelo por

el bien de la sociedad, sino el vil interes guia generalmente sus plumas.

Esos escritores no ignoran que, vender su saber para halagar á este ó al otro partido, es ganancia odiosa, porque es ganancia sacada de la credulidad de la mayor parte del pueblo; ganancia adquirida tal vez de máximas que, en vez de ser provechosas, desquician mas y mas el órden social.

Los que tal hacen, se parecen á aquellas malas mugeres que, vendiendo falsas caricias, se aprovechan de la credulidad del incauto que compra por ciertas sus mentirosas palabras.

Escribir para enseñar la verdad, es virtud digna de elogio; y puesto que este es el deber de todo escritor, nadie debiera observarlo mas rígidamente que el escritor político.

En la mas insignificante composicion se afanan los autores en poner su nombre; ¿por qué, pues, ese empeño en ocultar los suyos todos los que escriben de política? ¿Es ménos digno de aprecio el prudente político que el escritor de dramas?.... ¿Si estás persuadido de que aconsejas el bien, por qué ocultas tu nombre al público que procuras enseñar?....

Util seria que, los escritores políticos colocaran sus nombres al principio ó al fin de sus artículos; porque entónces no se atreve-

rian á tachar la conducta de ilustres ciudadanos, como con frecuencia sucede; sino que, despues de examinar detenidamente la conducta de uno, hablarian con toda exactitud, avergonzando y corrigiendo á la persona que fuera digna de reprehension.

La verdad es recomendable, y recomendable es siempre el que la dice: ¿por qué, pues, avergonzarse de esclamar, yo soy el amante de la verdad....

Se me dirá que si se adoptara mi idea, los gobiernos perseguirian á los escritores que les hicieran la oposicion. ¿Y hoy no los persiguen?.... ¿No es responsable cada autor del artículo que imprime?....

Ademas, la firma del autor garantizaria en parte la verdad; y el público conoceria entónces que la arbitrariedad de los gobiernos echaba por tierra uno de los principales bienes sociales.

Los políticos que temen publicar sus nombres por no ser perseguidos por las personas á quienes atacan, se parecen á aquellos soldados que solo se atreven á batirse detras de las inespugnables murallas.

Algunos cuentan el grado de ilustracion de un pais por el número de periódicos políticos que se publican. Yo creo que seria mas acertado calcular el grado de anarquía por el número de ellos. Porque si bien se examina,

no hay dos periódicos que estén acordes en ideas. ¿Y qué se deduce de esto? Que existiendo tantos periódicos de distintas comuniones políticas, el número de individuos de encontrados pareceres en política debe ser también considerable.

Mientras en un país la política sea la que absorva todas las ideas, no puede reinar la felicidad: la política es la que preside la discordia: la amena literatura es el friso que promete bonanza y felicidad.

El número de publicaciones de bella literatura, es el que manifiesta el grado de ilustración de un país.

Aquella nación será más feliz que cuente más número de obras literarias, porque éstas no aparecen sino cuando reina la calma en las naciones.

¡Dichosa nación la que al lado de cien publicaciones de amena literatura, solo tiene una imparcial de política.

El escritor político, además de que debe guiar la pluma á indicar el bien, debe poseer un corazón noble, sentimientos morales, y una ilustración á toda prueba. Porque, ¿cómo ha de enseñar á dirigir una nación el que carece de conocimientos para dirigir su entendimiento? . . . Debe abrigar sentimientos morales, para no hablar contra su conciencia, y no defender hoy lo que atacaba ayer.

Los escritores políticos que no tienen opinión fija, y ahora elogian lo que antes criticaban, más son comerciantes de opiniones que escritores políticos; porque semejantes á los primeros, que no se paran en la calidad de los efectos, sino en el consumo que tienen, predicán y recomiendan tal vez cosas perjudiciales, solo porque esas ideas y esas máximas tienen buena aceptación.

El escritor político, al tratar de la conducta de alguna persona, debe pensar con madurez lo que va á decir de ella, y calcular las consecuencias que le podrán sobrevenir si se deja llevar de informes ajenos que no siempre suelen ser exactos; porque debe tener presente que la honra, una vez quitada, no vuelve; y que los periódicos corren por todas las partes del mundo.

Tan difícil es recobrar la honra que injustamente le han quitado á uno por medio de la prensa, como reunir los pedazos de una carta arrojada al mar en medio de un espantoso huracán.

¡Qué responsabilidad la del escritor que ha quitado la honra, la vida moral á una personal. . . . Por cuanto hay en el mundo no quisiera tener que aparecer con tal crimen ante el Ser Supremo.

Nadie tiene tanta obligación de ser justo como el escritor político: así es que aquel que

no se encuentra dotado de tal virtud, no debe abrazar mision tan noble, si no quiere aparecer á los ojos de Dios como la criatura mas perversa.

Otro de los cargos dificiles que los escritores políticos han tomado voluntariamente sobre ellos, ha sido la crítica de las obras literarias que ven la luz pública, cargo no menos dificil para desempeñarlo dignamente, como pasará á demostrarlo en el capítulo siguiente.



Los críticos.

Provechoso es al mundo literario y á los que se dedican á la literatura y al progreso de la verdadera ilustracion, el análisis de las obras que ven la luz pública, siempre que este análisis sea imparcial y justo, y siempre que los críticos llevados de solo la razon y del noble empeño de ilustrar, no se aparten de la saludable verdad, ni traspasen los límites de la urbanidad ni del respeto que cada hombre debe á los demas.

Nunca debe olvidar el crítico que, el hombre que ha escrito la obra que ha tomado á su cargo criticar, por ilustrado que sea, siempre ha de conservar un amor íntimo á sus producciones, porque al fin hijas de su imaginacion y talento son, y que por lo mismo, por muy caballerosa y leal que sea la im-

pugnacion que haga, deberá ca usar en el impugnado una impresion dolorosa, aunque saludable.

El crítico es el maestro; y deber del maestro es corregir de una manera urbana, los defectos que advierte en las obras ajenas; porque si digno de censura ha creído al que ha incurrido en defectos involuntarios, ¿cuánto no lo deberá ser él, que con todo conocimiento y con toda su voluntad, incurre en el de la imprudencia, que en lugar de corregir humilla?

El crítico debe antes de tomar á su cargo la impugnación de un libro, calcular si tiene la suma de conocimientos que el difícil cargo de crítico requiere; porque tan difícil es ser buen crítico, como buen escritor.

Fácil le es al ingenio mas limitado encontrar defectos; mas no le es tanto el conocer las bellezas: por eso se necesita mas saber y mas instruccion para conocer lo recomendable de un libro, que lo digno de impugnacion. Partiendo, pues, de esta incontestable verdad, nadie debe impugnar una produccion, si solo tiene talento para conocer los defectos de ella y le falta tino y finura para conocer sus bellezas: porque indispensablemente alguna cosa recomendable ha de encerrar un libro, por despreciable que sea.

El crítico que solo tiene habilidad para co-

nocer los defectos, debe juzgarse muy inferior al autor que critica, porque ya lo dije antes, fácil es al ingenio mas limitado encontrar defectos.

No solo debe ceñirse el impugnador á advertir los errores en que haya incurrido un autor, siuo que obligado está á señalar el camino que debe seguir, con razones sólidas y claras. Este es un deber imprescindible para que la crítica produzca los saludables efectos que de ella deben resultar.

De nada le sirve á un caminante que le digan que la senda que lleva es estraviada, si no le dicen, esta es la que debe vd. seguir.

Algun mérito tiene el autor que, entre innumerables defectos, siempre que no ataquen la moral, vierte en sus escritos algunas bellezas. ¿Qué mérito podrá tener la crítica que no hace sino señalar los primeros, sin hacernos gustar de las segundas?

Si vastos conocimientos requiere la difícil carrera literaria, no requiere menores la del crítico, porque muy escelente é instructiva es preciso que sea una impugnacion, para que el autor de ella se crea tan docto como el escritor á quien impugna.

Críticos de gran reputacion hay que no serian capaces de escribir una obra mediana.

Esto debieran tener presente para no tratar con severidad á los autores.

Espuestos están aún los doctos y bien intencionados à criticar una obra buena, creyendo obrar con justicia, bien porque no hayan comprendido al autor, ó bien por otras causas que muchas veces se suelen escapar aun á la imaginacion mas viva. Y si fácil es que incurran los sabios en este defecto, ¿cuánto mas fácil no será que caigan en él los que carecen de relevante instruccion?

Si dignos de censura son los defectos que deslucen una obra, mas digna de ella serán los defectos de la impugnacion misma; y si reprehension merece el impugnado, ¿cuánto mas no lo merecerá el impugnador que incurre, al criticar los defectos ajenos, en nuevos errores y defectos?

Cualidad indispensable es para el crítico, huir de los extremos viciosos que arrastran ya á elogiar la obra de tal autor, porque á él le unen lazos de amistad, ya a destrozár la composicion de aquel a quien no aprecia.

El crítico debiera hacer su impugnacion antes de ver el nombre del autor de la obra que trata de impugnar, porque así guiaria su pluma la verdadera imparcialidad, sin la cual no puede haber juicio crítico: porque no hay duda de que las preocupaciones a favor ó en contra de un autor, influyen poderosamente en la aprobacion ó desaprobacion de una obra.

Otra de las cualidades que deben adornar á un buen crítico, es la de considerar lo mucho que cuesta el escribir cualquier produccion por humilde que sea, y el poco ó ningun fruto que produce á su autor, para que estas consideraciones sean causa de que temple las palabras de la censura, y modere el rigor con que pensaba tratar al escritor. Esta conducta noble, le valdria la estimacion general, y el respeto del mismo censurado.

Como el derecho de criticar una obra no escime al crítico de guardar respeto al autor de la obra, debe evitar el impugnador con todo empeño, el que en su impugnacion vayan palabras que puedan revelar aún el menor vislumbre de menosprecio, porque el menosprecio indica orgullo, y el orgullo ignorancia.

Cuanto mas sabio sea el crítico, menos severa será su crítica, porque nadie como él conoce lo frágil que es el entendimiento humano; y este conocimiento le obliga á que observe las reglas de la consideracion y de la caridad.

¡Cuántos críticos sin las cualidades necesarias para serlo, conozeo que, si publicasen alguna obra, no merecerian ni aun el honor de ser impugnados! . . .

El que á fuerza de estudio ha llegado á saber algo, conoce mas que ningun otro cuán poca es la sabiduría del hombre, cuán limi-

tado el mas preclaro talento, cuán corta la mas larga aplicacion, y cuánto el tiempo perdido en buscar la verdadera ciencia.

Los que á tal grado de perfeccion han llegado, son los que ocuparse debian en la impugnacion de las obras; porque esa impugnacion seria justa, instructiva, y de resultados felices para la juventud estudiosa.

El crítico, al impugnar alguna produccion, debe persuadirse de que el autor no ha puesto los defectos que en ella advierte, por su gusto, pues si á su deseo se consultara, sus obras todas serian perfectas. Los defectos son consecuencia precisa de la misma imperfeccion del hombre, y no se debe esperar jamas de la debilidad humana obras perfectas, porque la perfeccion es perteneciente á la divinidad.

Por lo mismo la impugnacion debe ser justa, no perdiendo el punto de vista de la imperfeccion del hombre, y no olvidándose el mismo crítico de que indispensablemente en su crítica hallarán otros, mil defectos que él no los advirtió, como no advirtió los suyos el autor de la obra que impugna.

¿Y de dónde trae su origen ese conocimiento de los defectos ajenos y la ignorancia de no advertir los nuestros?... ¿No podrá traerlo de ese amor propio que nos llega á persuadir de que todo lo que hacemos es

bueno?... ¿No lo traerá de esa malignidad que abriga el corazon, de querer humillar á los otros, para que el público los tenga en menos que á nosotros?...

Sin duda que sí: yo para mí tengo que ese amor propio, mal entendido, nos hace buscar con afán faltas en las obras ajenas; y que ayudado de la malignidad que abriga el corazon, nos hace encontrarlas en cada página; y que despues la envidia ó el orgullo, ó las dos cosas juntas, nos obligan á publicar aquellas faltas, para rebajar de esta suerte el mérito del autor, y adquirir nosotros la reputacion que á él hemos usurpado.

Por eso antes de impugnar un libro, debe el crítico ver si el deseo que tiene de impugnarlo, nace de los elogios que prodigan al autor, porque entónces prudente será que no impugne sus obras, porque la envidia llega á cegar de tal manera al hombre, que mil veces le obliga á criticar cosas dignas de la mayor alabanza.

La necia vanidad y el buen concepto que nos tenemos formado de nosotros mismos, nos hace desear ser superiores á todos los que escriben; y cuando vemos que otro descuella sobre el vulgo, entónces la envidia de la reputacion que ha adquirido, nos inspira la satánica idea de criticarlo, para aparecer superiores á él.

El sol siempre aparecerá hermoso y estimado de los hombres: ¿podrán las ligeras nubes que tratan de opacar su luz, robarle el aprecio universal?...

Lope de Vega, Calderon de la Barca, Cervantes, y otros cien, fueron soles que iluminaron al mundo literario: ¿pudo la nube de la envidia de los críticos eclipsar su fama?...

Los soles quedaron brillando, las nubes se disiparon, y los hombres se han olvidado de las últimas.

Recomendable es el hombre que ha conquistado el renombre de sabio por medio de sus obras, sin herir á ninguno: despreciable el que ha adquirido el nombre de docto, destruyendo la reputacion ajena.

Otros escritores hay que llevados de un espíritu dañado, no solo no se contentan con criticar las obras, sino que se desatan en invectivas contra los autores de ellas. Esta conducta es reprehensible, porque nada enseña, escandaliza á la gente sensata, y ofende altamente al autor.

Nadie recibe placer de esta manera de criticar, sino la gente de mal corazon, que se deleita con el dolor del prójimo:

Punible es la conducta del escritor que se deleita en humillar á los otros.

A algunos he oído decir: quiero avergonzar á fulano para humillar su vanidad; ¡y

estaban ellos al hablar de esta suerte, libres del defecto que en los demás les repugnaba?

Antes de reprender á los demás, bueno es analizar nuestros sentimientos, para no criticar una falta que en nosotros existe.

Este modo de criticar mas es nacido de la soberbia que del deseo de enseñar: es la negra mordacidad que se complace en humillar al hombre de verdadero mérito.

La crítica justa, es loable; la injusta ó la mordaz, degrada al satírico, al mismo tiempo que daña á la juventud estudiosa; porque muchos hombres de verdadero mérito, temiendo á esos malignos críticos, se retraen de publicar obras que darian muchos bienes á la sociedad.

El crítico mordaz es indigno de la estimacion pública, porque la sociedad necesita de hombres que le enseñen el camino del bien, no de seres que se deleitan en destruir la reputacion de ciudadanos ilustres, presentándolos á los ojos del público llenos de ridiculez.

El escritor mordaz que muestra gran talento, es temido, pero no envidiado. Es un ser á quien se le trata sin intimidad, porque su carácter aleja de sí la confianza y la amistad.

El escritor mordaz, precisamente tiene que ser injusto, porque injusticia es ridiculizar a

las personas por las obras que presentan, cuando bastaba advertirles sus defectos.

Si mal visto es el hombre que en el calor de la discusion falta á la cortesía, ¿cuánto no lo será el que medita á sangre fria los insultos que va á prodigar?....

Si el deseo de pasar por sabio te desvela, escribe obras buenas, que ellas brillarán al lado de las que publican aquellos cuya fama despierta tu envidia.

Muchas estrellas lucen en el cielo; y todas son apreciadas por el hombre.

Zorrilla, Breton, Rubí y otros cien escritores brillan hoy á la vez en el mundo literario, sin que la fama del uno perjudique al otro.

Las cualidades que deben adornar al crítico, son las siguientes, para ser útil á la sociedad:

1.ª Ilustracion, para conocer las bellezas de una obra y ensalzarlas, al paso que para advertir los defectos y corregirlos.

2.ª Moderacion, para no herir el amor propio del autor, y hacerle ver que no el odio contra él, sino el deseo de que en lo sucesivo no se aparte de la verdad, ha guiado la pluma del crítico.

3.ª Caridad, para templar el ánimo y disimular algunas faltas ligeras, para no aco-

bardar al que tal vez podrá algun dia presentar obras útiles.

El que no reuna estas cualidades, no debe creerse buen crítico, y debe por lo mismo abstenerse de impugnar obras ajenas, porque no podrá ser imparcial en sus juicios; y el que no es imparcial, precisamente ha de ser injusto.





Los prosadores y los poetas.

Muchos viven en el error de que à un poeta mas fácil le es espresar sus pensamientos en verso que en prosa; mas como este error trae su origen de otro error no ménos notable, cual es el de confundir al poeta propiamente así llamado, con el versificador: al escritor por escelencia con el frio rimador, y al rico en imágenes con el pobre imitador del arte métrica, presentaré al poeta bajo su verdadero punto de vista para que él solo, manifestando al mundo sus obras, disipe esa equivocacion, como disipa el sol con su viva lumbré las nubes que se empeñan en opacar su luz.

Todo hombre para ser escritor público, necesita afirmarse sobre la sólida base del estudio de la verdad, de la filosofía y de las

ciencias que sirven à desarrollar el pensamiento del que se dedica al estudio.

Hemos visto ya, en otro capítulo, que el talento es un don que dá superioridad al que lo posee, sobre los demas hombres; pero que este talento, sin la instruccion, seria poco ménos que inútil. Pues bien: el genio poético no es otra cosa sino el grado de perfeccion, el grado mas esquisito, el grado mas alto del talento; porque no es mas el genio poético que la escelencia del talento, la suma perfeccion del talento. Luego si es la suma perfeccion del talento, el grado mas alto del talento, preciso es que el poeta sea el mas perfecto de los escritores, el mas perfecto en la imperfeccion humana, cuando ese *esquisito talento*, se ha levantado sobre el estudio de las ciencias.

Mas no se crea que al hablar del poeta me refiero solo à aquellos que escriben en verso que es otra perfeccion envidiable: me refiero à todos los que presentan pensamientos nuevos que iluminan al hombre: me refiero à todos los que llenos de luminosas ideas, dan à sus producciones, bien estén en verso ó bien en prosa, aquel interes, aquel gusto nacido del *esquisito talento, del genio poético* del autor, aunque siempre aquellas producciones deberán ir guiadas por la verdadera filosofía.

Si sobre este estudio hace el poeta el estu-

dio de la rima, y vence esa dificultad de presentar sus pensamientos en verso, esto será otra perfeccion mas en el escritor; pero de ninguna manera un obstáculo que le prive de los medios de espresarse en prosa, porque los medios de espresarse en prosa le son comunes á todos los que han estudiado, y mucho mas á los que han nacido poetas, esto es, dotados de *esquisito talento*.

El arquitecto ceñido solo á los conocimientos que ha adquirido por medio del estudio de la arquitectura, hará un edificio hermoso y con todas las reglas del arte; pero el arquitecto que á esos mismos conocimientos, reune el talento, ese agregará á un edificio que tenga la misma hermosura y que esté construido con las mismas reglas del arte, adornos y bellezas creadas por él que darán á su obra mas elegancia y mas gusto.

El escritor que solo puede espresar aquello que ha estudiado, presenta producciones correctas; pero el escritor dotado de talento y de la misma instruccion, colocará en sus producciones ideas nuevas, pensamientos no comunes, que darán á sus obras un mérito que no tendrán las del primero.

Algunos creen que para ser poeta no es preciso estudiar, dejándose llevar de esta máxima: "*El poeta nace, el orador se hace.*"

El poeta nace, es verdad; y nadie será poe-

ta si no ha nacido con dotes para serlo: como nace el hombre de talento, sin que el que nace sin él lo pueda adquirir por mucho que estudie y se afane.

El poeta nace, es verdad: esto es, el hombre de *talento privilegiado*; pero es necesario que, para que pueda escribir con propiedad, estudie primero, porque el estudio es la educacion del talento, del poeta: esto es, del que ha nacido con el don poético que forma el *talento por escelencia*.

El poeta nace y el orador se hace. Para mí tengo que el orador nunca será buen orador si no ha nacido poeta: porque si no ha nacido poeta, no ha nacido *con talento esquisito* que es la rica vena de donde salen las valientes imágenes y los bellos pensamientos que, dirigidos por la sabiduria, dan á las producciones la fuerza y la persuasion que de otro modo no tendrian jamas.

El poeta nace: es decir, el *talento por escelencia* nace con el hombre; pero ese talento necesita cultivo, ora sea para escribir en prosa, ora sea para escribir en verso; pues el ser poeta, como ántes dije, no consiste en escribir en armonioso metro, sino en los pensamientos nuevos, y en las imágenes atrevidas que no se separan de la verdad.

Cierto es que muchos sin estudios de ninguna especie, suelen hacer algunas compo-

siciones en verso; pero esto no dá fuerza á la opinion de que es mas difícil escribir en prosa, porque esos mismos hombres que escriben versos, escribieran prosa tan mala como escriben malos versos, pues para escribir mal no es menester talento ni instruccion.

No todos los que escriben versos son poetas, como no son prosadores todos los que escriben en prosa.

Poetas habrá á quienes les cueste más trabajo hacer una composicion ligera en verso, que una obra larga en prosa; porque como ya he repetido, el poeta es aquel hombre dotado de un *talento especial*, de un *talento superior* á todos los talentos. Así es que, cuando el poeta, cuando ese hombre de *privilegiado talento* vence las dificultades del arte métrica, y se espresa en armoniosos versos, entonces ha llegado al grado de perfeccion á que le es dado llegar al escritor, conquistando con esa recomendable cualidad el título de *poeta* que se ha hecho estensivo, por una corrupcion del idioma, á todos los que escriben en verso.

No hay un solo poeta que haya escrito en verso que no tenga bellísimas producciones en prosa. Breton, Agustin Príncipe, Vilergas, Ayguals de Izco, Moratin, Lope de Vega, Figaro, Arzembuch, Quevedo, Gil y Zárate, Zorrilla, Martinez de la Rosa, el Duque

de Rivas, Solis y otros mil, son una prueba de esta incontestable verdad.

Pero así como hay una enorme diferencia del versificador al poeta que escribe en verso, así la hay del prosador al poeta prosador. Los primeros carecen de talento; los segundos poseen ese don con el que dan á sus obras un gusto delicado que seduce, una claridad luminosa que deleita y que á la vez enseña.

Entre el poeta que ha logrado vencer la dificultad de la rima y el poeta que solo escribe en prosa, hay tambien una diferencia ventajosa para el primero; porque siempre que tenga placer en expresarse en prosa, escribirá fácil y elegantemente en prosa, al paso que el segundo jamas tendrá la dicha de manifestar sus ideas en delicados y sonoros versos.

Verdad es que el poeta que ha llegado á conseguir la facilidad de presentar sus pensamientos adornados de la dulzura seductora que da el metro, ya le cuesta repugnancia el espesarse en prosa; pero esto no es porque le falten facultades para hacerlo, sino porque siente un placer indecible en expresar sus ideas y sus sentimientos con el ropage seductor de la armonía métrica.

¡Cómo no ha de poderse presentar vestida con sencillez la que tiene riquísimos brillan-

tes? Con ahorrarse el trabajo de ponérselos, logrará su fin.

El poeta que escribe en verso, con solo que se quite del trabajo de vertir sus producciones con el rico traje métrico, será buen prosador.

Adquirir riquezas, cosa difícil es: despojarse de ellas al que las posee, cosa le es muy fácil.

Para no confundir, pues, las palabras en daño de los buenos escritores, yo llamaria poeta al que se espresa con tanta facilidad en verso como en prosa: versificador al que escribe en verso sin estar dotado de talento: prosador al escritor de prosa y de ideas sublimes, pero que no puede escribir en buenos versos; y prosista al que escribe en prosa y carece de talento.

Tan le es fácil al poeta escribir en prosa, dando à la palabra poeta el sentido arriba señalado, que cuando presenta alguna mala composición, solemos decir: esto está escrito en prosa.

Poeta es aquel que escogiéndolo mas hermoso que en sí encierra el idioma, presenta los pensamientos con elegancia, con claridad y con sencillez.

Las ideas forman la verdadera poesía: la dulzura del metro el vestido mas esquisito de ella. Escelente poeta será, pues, aquel que

rico de bellas ideas y de valientes pensamientos, posee el traje con que poder vestirlos espléndidamente y con propiedad.

El pobre y vano, por mas esfuerzos que haga por, deslumbrar con su fausto à la multitud, nunca llega él mismo à persuadirse que tiene grandes riquezas.

El escritor, por retumbante que sea en su estilo, y por gran acopio de sonoras palabras que tenga, nunca se podrá persuadir à sí mismo que es poeta, si se ve falto de talento y de sólida instruccion.

Las palabras sirven para espresar los pensamientos, no para crear los pensamientos. En vano el que anhela pasar por poeta llenará sus composiciones de *auras*, de *brisas*, de *pétalos*, de *corolas*, de *linfas*, de *cclajes*, y de *murmurantes arroyuelos*, si bajo toda esa palabrería no hay un pensamiento digno de la poesía.

Los versos, y toda composición donde hay escogidas palabras y ningun pensamiento, son semejantes à esas fisonomías que vemos con frecuencia en la sociedad, bonitas, pero sin alma, sin espresion: fisonomías bien acabadas, pero que no agradan, porque carecen de animacion, de vida.

El verdadero poeta, esto es, el hombre que ha nacido con *privilegiado talento*, solo trata de presentar con claridad sus concepciones,

aunque procurando siempre que las palabras sean propias del asunto de que se trata.

El poeta nace y el orador se hace. Nada hay mas cierto que esto, porque el talento no se puede adquirir ni con el estudio, ni con el dinero; y el hombre que no ha nacido con él, en vano trabajará toda su vida por conseguirlo, porque el talento es un don de Dios, que no lo pueden infundir ni los maestros ni los libros.

Que *el orador se hace*, es mucha verdad, así como se hace el abogado, el médico y el astrónomo; pero jamas será buen orador, ni buen abogado, ni buen médico, ni buen astrónomo, si no han nacido poetas, esto es, *creadores*, hombres de *privilegiado talento*.

Fácil le es al hombre de talento y de instrucción escribir en prosa, porque para hacerlo no tiene mas que escribir del modo mismo que habla; pero para espresarse en verso, ¿cuántas dificultades no tiene que vencer?

Un poema, una leyenda larga, un drama, es infinitamente mas difícil escribir en verso que en prosa, porque ya lo he dicho, para escribir en prosa no tiene un hombre de talento y de instrucción, mas que espresarse de la manera misma que habla. Una vez ideado el plan, apenas tiene ya dificultades que vencer.

Los mejores escritores españoles han sido

poetas; Solís, Cervantes, Fray Luis de León y Lope de Vega, son una prueba de esta verdad: porque poeta, no me cansaré de repetirlo, es aquel hombre dotado de superior talento que escribe con tanta maestría en verso como en prosa. ¿Cabe mas belleza en el idioma español que la que encierra la historia de México escrita por Solís?... Cada página de ella es un modelo de elocuencia. ¡Qué prevision, qué elegancia, qué naturalidad y qué sencillez! ¿Y quién no encuentra en las novelas de Lope de Vega las mismas cualidades que hacen recomendable la historia del primero? Trozos hay en ellas hermosísimos, que son modelo de bien decir. De Fray Luis de León y de Cervantes nada hay que añadir á lo espuesto, sino que son inimitables en su prosa.

Las palabras sirven para espresar con claridad los pensamientos: el que confunde las palabras hará confusos sus pensamientos. Para espresarse, pues, con claridad, preciso es dar á cada palabra su verdadero significado.

La palabra poeta se ha aplicado de algun tiempo á esta parte, por una corrupcion introducida en el idioma, á todos los que escriben en verso; siendo así que tan recomendable título solo merecen aquellos hombres de *privilegiado talento* que se espresan con tan-

ta elegancia y precision en verso como en prosa.

Para que se le dé, pues, á cada escritor el lugar que merece, concluiré repitiendo lo que ya dejó dicho: que poeta es aquel que se expresa con igual facilidad en verso como en prosa: versificador, el que sin estar dotado de talento escribe en verso: prosador, el escritor de elegante prosa y de ideas sublimes, pero que no puede escribir en verso; y prosista, el escaso de talento y falto de instruccion, cuya prosa es incorrecta, y cuyo estilo cansa y molesta.



Historiadores.

¡Cuántas bellas dotes necesitan concurrir en el hombre para ser historiadores! Ninguno tiene necesidad de tanta prudencia como él para presentar los hechos tal como son, porque generalmente esos hechos suelen estar envueltos en la oscuridad de las discusiones que se han suscitado entre los escritores contemporáneos del personage á quien pertenecen, unos disfigurándolos, y otros exagerándolos favorablemente.

¡Cuántas cosas no ensalzamos que fueran tal vez dignas del desprecio, porque el historiador que las escribió fué partidario de la persona que las hizo!

Como los historiadores no pueden ser testigos de vista de todas las acciones de los

hombres, tienen que valerse de otros hombres para formar su libro; y como no todas las personas de quienes se valen suelen ser imparciales, suele resultar con frecuencia que se apartan de la verdad, no por voluntad, sino por el informe torcido que les han dado.

Y es tan cierto que los que se guían por el informe de otros están espuestos, aunque sean sábios, á incurrir en errores, que sin ir muy léjos, en el diccionario de la lengua española, edicion de Salvá, vemos que hablando de el *aguacate*, dice:

“Arbol, especie de laurel, de veinticinco á treinta piés de altura, que conserva las hojas todo el año, y dá un fruto del grandor de una *pera* grande, cuya carne así como el hueso, son un manjar agradable.”

¿Y cuántos que no conozcan esa fruta no están en el mismo error que él, como lo estaremos nosotros de otras mil cosas que no las conocemos sino por lo que de ellas nos han dicho?

En nuestras mismas revoluciones tenemos hombres á quienes unos escritores presentan con los mas negros colores, al paso que otros los pintan como á héroes intachables. ¿Qué hace el historiador?... ¿Á quién debe creer? Para mí tengo que debe suspender el juicio, y consultar con personas de conocida probi-

dad que los trataron y los conocieron, y presenciaron sus hechos, para escribir con mas verdad y no faltar á su misma conciencia. Porque si crimen es presentar al criminal ataviado con virtudes, mayor es presentar al virtuoso como criminal.

Por eso se debe escribir la historia por escritores contemporáneos, pues si se deja pasar algun tiempo, los testigos de vista imparciales no existen, y el historiador tiene que guiarse por lo que en pro y en contra escribieron los políticos; y tal vez acaba por cojer lo que mas distante estaba de la verdad.

He visto tantas inesactitudes en la historia de nuestra última guerra fratricida de España, que he llegado á dudar de la mayor parte de la historia antigua.

¿Sensible me ha sido esta duda, porque soy amante de la verdad; pero por sensible que me haya sido, no la puedo arrojar de mí, porque ¿quién me asegura que los escritores de entónces no estaban dominados de las mismas pasiones que los de nuestros dias....?

El historiador debe ser como el sol que alumbra los pantanos y los hermosos valles, dejando ver claramente la fealdad del uno y la belleza encantada del otro, sin alterar en lo mas mínimo la verdad.

Desfigurar los hechos, y escribir guiado

por el afecto ó desafecto á la persona de que se trata, es peor mil veces que escribir novelas; porque en estas á ninguno en particular se daña, porque ya el lector sabe que todos los personajes son ficticios; mas no sucede así en las historias, donde el lector juzga al personaje por lo que el historiador dice de él.

El historiador que ama la verdad y la sigue con todo empeño, se hace al fin acreedor á la estimacion de todos; y su libro es mirado como una joya de inestimable precio.

Cercano está á ser el objeto del desprecio general, el historiador que ha llenado un libro de falsedades que desfiguran la verdad.

¿Por qué lamentas la oscuridad en que está envuelta la historia de los primeros tiempos, y te empeñas en apagar la luz que ilumina la de nuestro siglo?

Disculpable es el que descuida la verdad cuando ignora el perjuicio que va á causar; pero no lo es el que conociendo el daño que de ello resulta, se empeña en desfigurarla.

El historiador que desfigura la verdad, se asemeja al monedero falso que engaña al público, haciendo que á sus monedas les den un valor que no tienen.

Aquel es verdadero historiador que ama la verdad sobre todas las cosas terrenas, y se despoja de las pasiones humanas, para escribir segun le dicta su conciencia.

Mas servicio se le hace al público con no escribir que con escribir falsedades; porque con lo primero suspende su juicio; y con lo segundo vive en un error, en la ignorancia, porque el error es la ignorancia.

De adular los hechos, es decir, de presentar al bueno como, malo y al malo como bueno, resulta un perjuicio grave á la sociedad, porque los buenos al ver como son calumniados los que les precedieron, se entivian en su virtud, al paso que los malos al ver el distinguido lugar que les han dado á los que se les parecen en ideas, no tratan de mejorar de conducta.

Si en la novela y en toda composicion de puro entretenimiento se deba guardar tanta prudencia, procurando el escritor acercarse lo mas posible á la verdad, ¿cuánto no deberá el historiador empeñarse en no apartarse de ella, cuando decir la verdad es su única mision?

El que escribe una historia graba la reputacion ó la deshonor de los personajes en sus páginas, y hace patente á todo el mundo los hechos ciertos ó fabulosos de ellos y precebe el olvido de los acontecimientos. Si la verdad guió su pluma, sus palabras serán una recomendacion; pero si falsos son sus asertos, serán la acusacion que lleva ante Dios.

¿Por qué ese empeño en presentarte como

historiador? Noble juzgas el trabajo de los que escriben historias cuando te empeñas en hacer lo mismo. ¿Por qué, pues, huyes de la verdad, faltando al deber sagrado de historiador?

El que pretendé pasar por historiador y llena de falsedades sus escritos, es semejante al hipócrita que, bajo un exterior virtuoso, oculta negra perfidia y falsedad.

El hombre estudioso que se dedica á leer historias, es inclinado á buscar la verdad; y mal la puede encontrar en una historia en donde el escritor ha procurado huir de ella.

Todo historiador debe ser sabio, porque la sabiduría es hermana inseparable de la verdad. Por lo mismo no debe ser historiador el que carezca de sabiduría, porque no siendo sabio, ó no conoce la verdad, ó no la defiende, ó huye de ella.

Digno es de reprension todo hombre que no busca la verdad, ó que, conociéndola, llega á combatirla. ¿Cuán digno de execracion no será el historiador que teniendo por obligacion presentar la verdad para que todo el mundo la conozca, la desfigura, adulterando los hechos?

La verdad reside en el fondo del corazon del hombre: aquel será buen historiador, cuyo corazon cierra las puertas á la mentira;

que es la nube densa que opaca la claridad que derrama la conciencia.

La vanidad y la soberbia son enemigas de la verdad. El hombre á quien torna vano ó soberbio su saber, no abraza el trabajo de escribir historias, porque espuesto está á incurrir en mesactitudes lamentables.

Si escribes historias para pasar por historiador, porque este título te agrada, quedarás vano si faltaste á la verdad; pero no satisfecho de tu trabajo. Si las escribes por engañar al público, anhelando defender á algun personaje de tu agrado, quedarás inquieto, porque la conciencia te echará en cara tu falta. Si las escribes por amor á la verdad, por enseñar, por dejar un monumento á la verdadera virtud y un padron al negro crimen, quedarás satisfecho y tranquilo; porque cooperarás que tu trabajo será provechoso á la sociedad.

Avergüenzate si te llamaren historiador, y has faltado en tus escritos á la verdad, porque tal vez te dan ese nombre irónicamente.

Mas se debe amar la nobleza adquirida con nobles hechos, que los títulos de nobleza heredados de los mayores, cuando estos títulos de nobleza no corresponden á las acciones del que los lleva.

Mas satisfactorio le debe ser al escritor el título de historiador, adquirido por el empeño

que ha tenido en indagar la verdad y escribirla imparcialmente, que el que lleva prestado del público, si no corresponde el epíteto de historiador á su imparcialidad.

Te avergüenzas de que te llamen poeta porque conoces que no tienes númen, y quieres que te llamen historiador cuando careces de sana intencion para serlo.

Si no faltas á la verdad y á tu conciencia, serás historiador: si la atropellas, no te sorprendas verte despreciado.

Antes de ponerte á escribir una historia, mira si te lleva á ello el amor al bien general, y así serás útil á la sociedad y adquirirás verdadera estimacion.



Polémicas literarias.

En ninguna clase se advierte tan pronunciada la envidia, como entre los escritores. Raros son los que miran con ojos imparciales las obras de los demas, y muchos los que se afanan en criticarlas; de donde resultan las polémicas literarias que, de instructivas y razonadas que debieran ser, degeneran muchas veces en vergonzosas é impropias de gente ilustrada y de fina educacion.

¿De dónde trae su origen esto? De la vanidad, del orgullo, del temor que tenemos de que no nos tengan por inferiores á los demas que escriben.

Bueno y útil es advertir los defectos de una obra; pero esto debe hacerse con moderacion, con urbanidad, con la finura con que se de-